

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Don José Fusi, presidente del Círculo Italiano. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.



José Fusi junto a su esposa Nelly Lema, y dos de sus hijos. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.



José Fusi, primero de la izquierda, en una reunión de socios en el Círculo Italiano de La Paz. Archivo: Familia Fusi Lema, 2006.

DON JOSÉ FUSI, EL MAESTRO EBANISTA

En la refaccionada sala de recepciones del Círculo Italiano de La Paz un anciano de aspecto apacible y mirada transparente acaba de encender las luces de las lámparas para contrarrestar el influjo melancólico de las sombras oscuras que las últimas horas de la tarde reparten por el lugar. Una vez iluminado el salón y comprobado el orden establecido de las cosas, muebles desempolvados y ventanas limpias, don José Fusi se sienta despacio, como midiendo con cautela cada uno de los movimientos que su cuerpo octogenario realiza, en uno de los sillones exquisitamente labrados por su mano hábil y prodigiosa. Allí, se encuentra esperando por una taza de té caliente con galletas para así desentrañar con mayor soltura la historia de su vida. No hace falta esperar mucho para que el Maestro técnico en ebanistería, Presidente del Círculo Italiano al momento de la entrevista, de paso a la conversación.

—Yo nací en la comuna de Bagolino, perteneciente a la provincia de Brescia, en el hogar de Giovanni y Magdalena Fusi. Fui el único varón de cinco hermanos y mientras estuve en la casa de mis padres todo fue dicha y alegría, hasta que un día del que no quisiera acordarme jamás mi madre fallece prematuramente dejándonos abatidos y al borde de una debacle total. Posteriormente terminé los estudios en la Escuela Técnica de Turín y decidí en el acto lanzar los dados sobre la mesa y buscar fortuna fuera de Italia—empieza relatando Don José con un ligero amague de lágrimas y consternación en las facciones.

Por aquellos años —finales de la década del cuarenta— José era un joven muchacho inquieto y febril, dispuesto a iniciar su propio proyecto de vida fuera de Italia si las circunstancias así lo exigían. Las oportunidades laborales eran escasas y los bajos salarios no ofrecían ningún auspicio en las principales ciudades italianas. Con este panorama adverso el joven lombardo empieza una búsqueda azarosa y es en ese intento cuando encuentra providencialmente ayuda en la persona del cónsul boliviano en Génova.

—Tuve la suerte de conocer a este funcionario diplomático quien me halló un puesto de trabajo como docente en La Paz. De esta forma y envalentonado ante esta magnífica oportunidad, hice con prontitud todos mis papeles, y más pronto de lo que imaginaba estaba embarcando rumbo a Bolivia. Lamentablemente no pude retener el nombre de mi benefactor, sólo sé que era pariente del ex presidente Enrique Hertzog— añade don José, tratando inútilmente de agregar algún dato complementario.

El italiano llegó a Bolivia con el entusiasmo que sólo un niño pequeño puede tener cuando ve asomarse ante sus ojos la silueta giratoria de un multicolor carrusel. En esta nación trabajó como profesor de dibujo técnico en el Colegio Don Bosco y la Escuela Técnica Pedro Domingo Murillo y como es de suponer, sus clases contaban con la asistencia de sus conocimientos teóricos y prácticos aprendidos en las aulas de la escuela de Turín. Sin embargo, a don José le gustaba recrearse contando las diversas anécdotas que vivió cuando se transportaba a bordo del vapor. Es aquí, y no en otra parte del relato, cuando su mente parece recobrar la lucidez que los años transcurridos se empeñan en apagar.

—Es un recuerdo tan grato éste que guardo. Para empezar, yo me vine a bordo del “Sebastiano Caboto”, barco nuevito que partió desde el puerto de Génova. ¡Ucha! que delicia— exclama nostálgico el viejo maestro carpintero. —Cada noche era una jarana distinta y la bulla que hacíamos despertaba hasta los peces. La pasábamos muy bien entre los, más o menos, doscientos italianos que estábamos viajando rumbo a América. Claro, hubieron momentos de tensión y desasosiego, por ejemplo, cuando nos aproximábamos a un puerto venezolano y estábamos listos para atracar, en ese instante, al vernos muy cerca del puerto un grupo numeroso de personas pobres, residentes de una colina aledaña a la costa, empezó a salir de unas casuchas de lata igual que las ratas cuando se espantan ante la presencia de algo temible para ellas. Era tan lamentable el aspecto del lugar y la fisonomía de aquellas personas, que me dije a mi mismo, “Si esto es América, yo me doy la vuelta aquí mismo”. Después, el resto del trayecto estuvo marcado por las constantes despedidas entre compatriotas, muchos se quedaron en Venezuela y otro grupo menor en Colombia, Ecuador y Perú. Y es en este país donde pude conocer de cerca la infraestructura de la prestigiosa fábrica de muebles Cassiani. El dueño del negocio quiso que me quedara en Lima para trabajar con él, pero fue más fuerte mi inclinación por conocer Bolivia y cumplir el compromiso adquirido. Luego de permanecer un par de días en suelo peruano tomé un vuelo de Faucett rumbo a La Paz, mi primera impresión sobre esta ciudad fue muy buena, pues el atractivo paisaje me cautivó profundamente.

Y la atracción entre el lombardo y esta ciudad fue tan fuerte que ni bien cumplidos los dos años de residencia en esta urbe, José decide instalarse definitivamente en Bolivia al echar raíces propias. El joven de Badalino contrae matrimonio con Nelly Lema, joven de origen tarijeño y madre de sus cinco hijos: Eugenio, María Cristina, Juan Carlos, Guillermo y Silvana. Así comienza a forjar una nueva vida y un nuevo hogar.

Amoblando la ciudad

José Fusi es hombre de conversación animada y su charla atrapa la atención de todo aquel que se encuentra a su alrededor. Además, no descarta lanzar de vez en cuando una que otra galantería a las damas que frecuentan la actual casa de los italianos en La Paz. Claro, estas expresiones obsequiosas van casi siempre acompañadas con la formalidad y respeto que caracterizan al presidente del Circulo Italiano, ese mismo respeto y formalidad que emplea a la hora de ejecutar un trabajo y cerrar un contrato. Don José lleva años amueblando edificios públicos, casas particulares, instituciones privadas y hasta la mismísima residencia presidencial de San Jorge. Sus manos, todavía fuertes, gustan acariciar los acabados de la madera y con ellas se deleita labrando pedazos dóciles de mara, roble, pino y cuanto leño o tabla se le pone en frente. Su obra es conocida y admirada por quienes solicitaron sus servicios y son contados los profesionales de talento que han trabajado junto a él. Ahora, Don José quiere retirarse para ir a descansar a su casa. La tarde ha cerrado sus horas más auspiciosas para realizar la entrevista y el frío de la noche empieza a deslizarse por debajo del umbral. José Fusi recoge su abrigo del perchero y con un saludo cortés abandona el lugar.